

Ángel Álvarez Caballero completa sus tres entregas sobre el flamenco con un ensayo imprescindible, denso y riguroso que indaga en los orígenes de la guitarra • Los diez años de carrera musical de Chano Domínguez, resumidos en un disco

Álvarez Caballero completa su trilogía con 'El toque flamenco'

■ "Hubo un tiempo en que el cante flamenco comenzó a dejarse oír. La gran duda aún hoy es si lo hacía a voz sola, sin música alguna que le acompañara -lo que llamamos a capella o, en términos flamencos, a palo seco-, o arrancó ya con la guitarra al lado".

Así principia *El toque flamenco* (Alianza Editorial), el imprescindible, riguroso y denso ensayo con que Ángel Álvarez Caballero cierra su trilogía iniciada con *El cante*... y *El baile*.... La obra, profusamente ilustrada, indaga en los orígenes del instrumento como acompañante a la voz y al baile, hasta más allá de esa cumbre contemporánea a la que fama conoce con el nombre de Paco de Lucía:

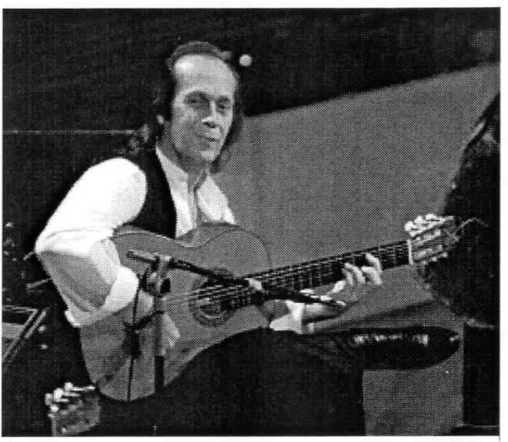
"Lo escribí hace ya un montón de años -y creo que fui el primero que lo escribió- y lo repetiré ahora una vez más, porque me parece que es de toda evidencia: 'Ya se habla, en la guitarra flamenca, de antes y después de Paco de Lucía'".

Era una historia antigua, que entronca con los tocaores pioneros y anónimos, con Torres Jurado como un estradivarius guitarrero, hasta llegar a los legendarios Paco de Lucena, Javier Molina y la escuela de Jerez, Ramón Montoya y el montoyismo, Diego del Gastor y la escuela de Morón, la estela granadina de Manuel Cano, Manolo de Huelva y los aires de su provincia, Niño Ricardo, Sabicas y esa cumplida generación que va de Melchor a Maravilla, pasando por Andrés Batista y lo que Álvarez Caballero denomina "el feudo de los Peña", en Lebrija.

"Del antes, para Paco de Lucía Montoya está en la base, porque más atrás -Borrull, Javier Molina...-no conoce él. 'Ricardo es más creativo que Sabicas', me dice, 'aunque éste tenía mejor técnica, sonido más limpio, hizo muchos discos, pero gran parte de lo que grabó fueron repeticiones de grabaciones anteriores con ligeras modificaciones. En las generaciones de ahora creo que ya ha gente que está haciendo sus cosas, y que las están haciendo bien. Porque antes tocábamos siempre lo de unos maestros determinados, en mis tiempos fue lo de Ricardo, pero ahora ya son conscientes de que aparte de mi música tienen que hacer cosas propias, tienen que crear'. Después... vino el tiempo de Paco de Lucía. Y en él estamos, y ciertamente a partir de él ya nada puede ser igual en esta música nuestra que llamamos flamenco".

Están sus contemporáneos, claro, como Serranito o Manolo Sanlúcar, al que Álvarez Caballero se aproxima bajo el señuelo de una frase reveladora: "Los flamencos seguimos existiendo porque mantenemos nuestra diferencia".

Álvarez Caballero es exhaustivo, incluyendo presencias mucho más humildes pero de calidad sobrada como la de Manuel Domínguez "El Rubio", Ricardo Miño, Curro de Jerez, José Luis Postigo, el francés Pedro Soler, Paco de Antequera, Paco Cepero -a quien identifica como discípulo de Rafael del Águila-, Manuel Fernández Molina "Parrilla de Jerez", Antonio Piñana, Paco Peña , Merengue de Córdoba o Tomatito, sin descuidar, desde luego a Enrique de Melchor, Rafael Riqueni y el entorno sevillano, con Manolo Franco o el onubense Juan Carlos Romero, como otros referentes de esa misma índole.



UN REFERENTE. El algecireño Paco de Lucía

Álvarez Caballero se muestra, como en los títulos anteriores de su trilogía, más analítico que enciclopédico, rozando la precisión científica a la hora de reseñar a los distintos creadores, sus escuelas de referencia y su contexto histórico, pero utilizando la amenidad del periodista para transmitir las impresiones y criterios de los propios músicos.

Las referencias a la provincia gaditana son abundantes, en especial en lo que se refieren a los maestros de Algeciras y de Sanlúcar de Barrameda, pero a escala colectiva se centra en Jerez de la Frontera, una ciudad a la que califica como una isla, en palabras de Gerardo Núñez a quien dedica un amplio y justificado apartado, y en la que recoge, en la actualidad, su manera de interpretar, en base al soniquete y con Manuel Moreno "Moraíto Chico", como reciente bastión de la saga de los Moraos.

La Córdoba de Paco Serrano, del Concurso Nacional y de José Antonio Rodríguez, hasta, por supuesto, Vicente Amigo. Y se refiere, desde luego, a la generación de Cañizares y lo que denomina como "marca catalana", entre quienes cita a José Luis Montón, Pedro sierra, Chicuelo o Juan Ramón Caro. El sevillano Enrique de Melchor abre el capítulo sobre Madrid, como polo de atracción para numerosos instrumentistas de esa misma índole, como el manchego Oscar Herrero, El Viejín, o los tocaores de Caño Roto: el Nani, David Cerreduel también llamado David Caracolillo, Entri, Ramón Jiménez, Jesús del Rosario, Jerónimo Maya, Juan Jiménez o Ramón Jiménez.

"Hay mucha tela que cortar, sin embargo, en esta etapa, aunque sería prematuro a mi juicio intentar un análisis mínimamente riguroso. Desde el punto de vista histórico, quiero decir -opina Álvarez Caballero en los párrafos finales de su libro-. Ahí están, en primer término, las nuevas generaciones de guitarristas, con algunos talentos dignos de gran atención aunque sea pronto para evaluar la verdadera dimensión de su arte. Ahí están los grupos basados en guitarristas flamencos -los Ketama, La Barbería del Sur y tantos que nacieron a su imagen y semejanza-, aunque tampoco tengo muy claro que esta obra fuera un lugar adecuado para ellos, puesto que yo pretendo historiar la guitarra flamenca como instrumento fundamental de lo jondo, y prácticamente todos esos grupos se encuentran ya más lejos del flamenco que de cualesquiera de las otras músicas que manejan".

Diario de Cádiz, 26 enero 2004